

El retroceso de Occidente

Este título no pretende predecir un declive de Occidente. Se trata simplemente de no cerrar los ojos ante lo que está sucediendo, de no sucumbir al mecanismo psicológico del olvido (gran aliado de los malos políticos), un olvido que, al mismo tiempo que nos libra de angustias intolerables, nos condena con frecuencia a seguir repitiendo los mismos errores. Proponemos aquí hacer memoria de unos acontecimientos preocupantes que parecen estar indicando que Occidente (preferentemente, Estados Unidos y Europa) ha retrocedido en áreas tan importantes como son la seguridad, las libertades y derechos humanos y su prestigio ante la comunidad internacional.

«Retroceso» es un concepto relativo: exige indicar con relación a qué momento histórico se ha producido o se está produciendo dicho fenómeno. Aquí tomamos como punto de referencia los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. En esos años, desde el punto de vista de la seguridad, los Aliados occidentales controlan eficazmente gran parte del planeta. Tienen un enemigo claro, el imperialismo estalinista, al que oponen una respuesta calculada y en superioridad de fuerzas, pero evitando lanzarse a aventuras peligrosas

que pudieran hacer peligrar la seguridad a escala mundial (el enfrentamiento entre los dos bloques sólo tiene lugar en escenarios muy limitados del entonces llamado Tercer Mundo).

Desde el punto de vista de la libertad y los derechos humanos, Occidente es entonces el gran defensor e impulsor de la democracia sobre la base de la reciente Declaración de los Derechos Humanos y la creación de la Organización de las Naciones Unidas. A pesar de las resistencias de los países colonialistas de Europa, en estos años la descolonización cambia considerablemente el mapa político mundial. Al mismo tiempo, Occidente es visto con asombro desde los países menos avanzados como un faro de progreso técnico y material que permite a éstos abrigar la esperanza de poder compartirlo en un futuro no lejano.

Más tarde se cometerían graves errores, como la guerra de Vietnam (consecutiva a la de Indochina en la que naufragaron los franceses). Pero todavía a comienzos de los años 90 el clima general no podía ser más optimista gracias a la derrota y disolución del bloque soviético, a la sensación de haber alcanzado una paz segura y a la esperanza de que, sin enemigos y sin la necesidad de invertir grandes sumas en armamento, la humanidad podría en adelante disponer de considerables «dividendos para la paz».

Hoy aquella esperanza se ha desvanecido. Occidente ha encontrado nuevos enemigos —por no decir que se los ha creado—, ha llevado a cabo dos guerras en Irak, las dos desencadenadas en circunstancias nada claras (aunque la primera recibió la aprobación de la ONU), y la «pax americana» se ha desvanecido, incluso en el interior mismo de los países occidentales.

Retroceso en seguridad

La sensación de inseguridad que hoy se respira en Occidente tiene mucho que ver con tres países: Afganistán, Pakistán e Irak. Afganistán, a pesar de cuatro años de ocupación occidental (tras los masivos

atentados del 11-S en territorio norteamericano), sigue controlado en su mayor parte por los señores de la guerra, que no muestran excesivo interés en acabar con los talibanes: la ayuda que reciben para contenerlos constituye su principal fuente de ingresos. Algunos observadores dudan incluso del interés de los EE UU por capturar a Bin Laden, símbolo permanente de la «amenaza terrorista». Pakistán es un teórico aliado de EE UU desde los tiempos en que colaboró en la expulsión de los soviéticos que ocupaban Afganistán. Pero el movimiento islamista tiene profundas raíces en sus servicios de inteligencia y nadie puede asegurar que su ejército seguirá aceptando largo tiempo la línea pro americana de Musharraf. Por lo que respecta a Irak, desde la ocupación norteamericana se ha convertido en «laboratorio del terror» (para utilizar una expresión de los mismos servicios de inteligencia americanos), en el principal campo de formación de yihadistas capaces de actuar en los cinco continentes (de la misma manera que los campos de refugiados afganos de la CIA en Pakistán se convirtieron en semillero de lo que hoy es Al Qaeda).

Las bombas que fabrican los terroristas no constituyen el único peligro. El Departamento de Seguridad Interior (americano) y el FBI advirtieron hace dos años de que Al Qaeda podía estar planeando secuestrar aviones de carga en Canadá, México y el Caribe para estrellarlos contra centrales nucleares, presas, puentes y otras instalaciones estratégicas. Además, los expertos insisten en que el principal punto débil son los miles de contenedores que cada día se descargan en nuestros puertos. En EE UU, los expertos temen un ataque de mayor envergadura aún que el del 11-S: químico, bacteriológico o con bomba radiactiva.

La mayor dificultad con la que se enfrentan los responsables de la seguridad es la misma estructura desagregada y múltiple de los grupos terroristas, algunos compuestos por ciudadanos nacidos en los mismos países occidentales, sin conexión jerárquica con los inspiradores del movimiento, una estructura que hace muy difícil descubrirlos y combatirlos. Por otra parte, ¿cómo luchar contra terroristas suicidas? Es la primera vez en la historia que las fuerzas de seguridad se enfrentan a esta clase de enemigo.

Se ha dicho que vamos hacia «una israelización del planeta», es decir, que estamos interiorizando la decisión deliberada de vivir con el terrorismo, desde la convicción, por una parte, de que no podemos acabar con él con métodos estrictamente policiales y, por otra parte, desde la decisión de no cambiar la forma de relación con el enemigo, identificado con el mundo musulmán o islamista.

Para complicar más las cosas, en las últimas elecciones, Irán ha escogido la línea más dura de las que se le ofrecían, una línea que parece implicar el acceso al arma nuclear como única garantía de hacerse respetar y no ser invadida como su vecina del Oeste. A pesar de los cambios que a veces anuncia, la misma dirección parece haber tomado Corea del Norte. Las consecuencias son por ahora imprevisibles y contribuyen a incrementar la zozobra. Nos hemos instalado en el miedo, en Occidente más que en ninguna otra región del mundo, excluido Irak, país que se encuentra bajo la responsabilidad del ocupante occidental y donde la situación cada día se parece más a una guerra civil que a una democracia. En contra de lo que dice y repite Bush, el mundo no es ahora más seguro que antes de la ocupación de Irak por su ejército: ni Bin Laden ha sido aún detenido, ni Al Qaeda ha quedado desmantelada, y gravísimos atentados han golpeado también a Madrid y Londres (sin hablar de los aliados árabes de Occidente: Egipto y Marruecos).

Restricciones de las libertades y derechos humanos

Este incremento de la inseguridad ha repercutido inmediatamente en algunas disposiciones legales y más aún en ciertas prácticas policiales que se llevan a cabo de manera abierta u oculta. Esto ha sucedido y sigue sucediendo principalmente en los dos buques insignia de Occidente que son EE UU y la Gran Bretaña. Se detiene preventivamente a personas por una simple sospecha de la policía. Ha aumentado el número y la severidad de los controles en los aeropuertos con la consiguiente molestia y psicosis de miedo para los viajeros. Crece la inseguridad jurídica para todos, sobre todo para quienes presentan aspecto pakistaní o somalí. Se restringen libertades

fundamentales, no por razones de principio, sino porque no se sabe cómo actuar contra un enemigo invisible al que se tiene «en casa».

En el Reino Unido

En el Reino Unido, la *Anti-Terrorism Crime and Security Act*, aprobada ya en 2000 y modificada en diciembre de 2001, permitía la encarcelación ilimitada, sin acusación ni juicio, de extranjeros sospechosos de terrorismo que rechazaran ser expulsados o cuya expulsión resultara imposible. De hecho, diecisiete personas pasaron hasta tres años de prisión de esta manera. En diciembre de 2004 estas medidas fueron declaradas ilegales y contrarias a los «instintos y tradiciones del pueblo del Reino Unido», además de discriminatorias, ya que sólo se aplicaban a los extranjeros. En su lugar, se aprobó una serie de controles a los sospechosos: toque de queda, asignación a residencia, restricciones en el uso del transporte público, obligación de llevar un brazalete electrónico (toda infracción pudiendo ser castigada con una pena de hasta cinco años de cárcel).

Luego se produjo la serie de atentados simultáneos del 7-J del presente año con un saldo de 56 muertos, atentados que, además, colapsaron el centro de Londres. Como reacción, la policía londinense, que en su mayoría no solía ir armada, recibió disposiciones más permisivas sobre el uso de las armas. Aunque en un principio los comentarios de prensa destacaron unánimemente la serenidad con que reaccionó la ciudadanía, sin embargo las reacciones de los días siguientes y, principalmente, la pésima actuación, el 22-7, de la policía en la muerte, de siete tiros en la cabeza y a quemarropa, del brasileño Jean Charles de Menezes, cuando se encontraba ya inmovilizado, hicieron pensar que la modélica policía británica había perdido los papeles, contagiada sin duda por el pánico general que se había incrementado con los atentados fallidos del 21 de julio.

Pero aún quedaba por descubrirse la cara más fea de aquel trágico error. El jefe de *Scotland Yard* mintió cuando, el 23 de julio, declaró que

el malogrado brasileño vestía un abrigo abultado y que había huido al dársele el alto. Cinco días tardó la Comisión Independiente de Investigación de Quejas de la Policía en hacerse cargo del asunto. Finalmente, los documentos filtrados a una cadena de televisión permitieron conocer la fatal injusticia cometida con el brasileño de tez morena. La Comisión tardará más de tres meses aún en emitir sus conclusiones.

El secretismo observado estrictamente por todos los medios de comunicación en torno al lugar donde el Primer Ministro pasaba sus vacaciones fue un síntoma más de la «anormalidad democrática» que los atentados habían infligido a la sociedad británica.

¿Se había equivocado el Reino Unido al permitir la existencia del llamado *Londonistán*, en el que habían encontrado refugio no pocos sospechosos de actividades terroristas en países del Próximo Oriente, y al adoptar el modelo multicultural de integración social? ¿Y por qué este modelo, que había funcionado sin mayor problema durante décadas, parece ahora inservible y aun peligroso?

El pasado 24 de agosto el Gobierno británico publicaba una lista de «comportamientos inaceptables», entre ellos «fomentar, justificar o ensalzar la violencia terrorista», «fomentar el odio que pueda conducir a la violencia entre comunidades en el Reino Unido», comportamientos que supondrían la deportación inmediata de cualquier extranjero que incurra en ellos. En opinión de algunos juristas británicos, la indefinición de tales delitos conducirá a la inseguridad jurídica y a la criminalización del pensamiento. Otra grave consecuencia de estas medidas es que el presunto culpable, además de ser condenado sin juicio previo, podría ser expulsado a países en los que se practica la tortura.

En esta misma línea, Charles Clarke, ministro del Interior y representante de la presidencia británica de la UE, cuestionó el 6 de setiembre la vigencia del Convenio Europeo de los Derechos Humanos (de 1950) y su aplicación por el Tribunal de Estrasburgo, alegando «las circunstancias, muy diferentes de las actuales» en las que dicho Convenio había sido firmado. Clarke pretendía así evitar que este Convenio pudiera impedir el proyecto de retención de datos de

telecomunicaciones que debía presentar, al día siguiente, a sus colegas europeos de Interior.

¿Camina la sociedad británica hacia graves discriminaciones y peligrosos enfrentamientos entre las comunidades que la componen? No es fácil predecirlo. Lo que sí parece claro es que un modelo de convivencia se encuentra en trance de desaparición. ¿Para bien o para mal?

En los Estados Unidos

EE UU fue el primer país en ser golpeado por el terrorismo islamista —el 11-S— y el que más víctimas hubo de lamentar. El Estado reaccionó inmediatamente y buscó la manera de proteger a sus ciudadanos contra tanta barbarie: era su derecho y su obligación.

Pero aquella trágica fecha ha marcado el comienzo de una serie de derogaciones o violaciones de garantías humanitarias sancionadas por tratados internacionales como, por ejemplo, la Convención de Ginebra. Las más conocidas de tales violaciones son las que se cometieron en la siniestra cárcel de Abu Graib, donde con una frecuencia que obliga a pensar en la existencia de un clima de impunidad, se practicaron torturas y vejaciones que han llenado de estupor e indignación tanto a árabes como a occidentales. Unos pocos militares han sido por ello juzgados y condenados. Pero gran parte de la opinión norteamericana y mundial no comprende que ni el Gobierno ni el Congreso aceptaran la creación de una comisión de investigación de unos hechos que motivaron que el mismo secretario de Defensa, Rumsfeld, presentara su dimisión al presidente (éste no la aceptó sin duda porque ello hubiera supuesto, en vísperas de las elecciones, aceptar la responsabilidad del mismo gobierno). Además, el ejército de los EE UU ha reconocido la muerte de una treintena de prisioneros confiados a su custodia en Afganistán e Irak.

Guantánamo, por otra parte, parece constituir un caso evidente de retroceso en la aplicación del **ius in bello** (derecho en tiempo de

guerra). Según Amnistía Internacional, es «el gulag de nuestra época» por su situación de limbo jurídico y las refinadas y prolongadas torturas (aunque sin huella visible) que allí soportan unos detenidos que no han sido formalmente acusados del menor delito.

Los juristas de la CIA, a los que se les ha confiado, entre otras, la difícil tarea de justificar lo injustificable, hablan de «devoluciones extraordinarias» para designar el traslado de extranjeros sospechosos a países amigos en los que están buscados y donde –con toda probabilidad– serán sometidos a tortura. Son secuestrados en zonas de conflicto (Afganistán, Irak, Balcanes, Libia, Sudán, Kenya, Zambia, Pakistán Indonesia o Malasia) y trasladados en aviones privados. En la misma Italia tuvo lugar un caso de secuestro parecido en la persona del egipcio Abú Omar, caso denunciado por la judicatura y que es investigado actualmente por el fiscal adjunto de Milán, el cual se ha declarado convencido de que el secuestrado se encuentra en Egipto. Estos métodos han recibido ya el nombre de «subcontratación o deslocalización de la tortura».

Descrédito

El prestigio de Occidente ha descendido notablemente en los últimos lustros, principalmente el de su líder indiscutible, los EE UU. La postura más que ambigua de los occidentales apoyando unas veces a los dictadores (en particular los del Próximo Oriente), volviéndose otras veces contra ellos en función de sus intereses, interviniendo continuamente en sus políticas internas, no necesariamente a favor de los defensores de la democracia, ha dejado al descubierto a sus líderes y devaluado su discurso político. El clímax de esta línea antidemocrática y de tintes neocolonialistas se alcanzó con la decisión norteamericana de emprender la invasión de Irak en una guerra injusta e ilegal que se pretendió justificar presentando ante el Consejo de Seguridad de la ONU y ante la opinión mundial unos documentos cuya falsedad tuvo finalmente que reconocerse. Varios países, sobre todo del área occidental, encabezados por el Reino Unido, apoyaron a los EE UU en

esta aventura neocolonialista. De esta manera, la superpotencia americana renunciaba al multilateralismo que había presidido la fundación de la ONU y las cuatro primeras décadas de la postguerra.

La caótica y sangrienta ocupación de Irak ha rebajado aún más el prestigio de Norteamérica y el de quienes la siguen apoyando. Dentro y fuera de los EE UU, resucitan los fantasmas de la guerra de Vietnam que nadie esperaba volver a ver, sobre todo el temor a una nueva derrota a manos de un país subdesarrollado. A fines del pasado mes de agosto, los estadounidenses *Institute for Policy Studies* y *Foreign Policy in Focus*, en un informe titulado **«El atolladero de Irak. El creciente coste de la guerra y las razones para traer las tropas a casa»**, denunciaban que la guerra de Irak ha alcanzado ya un coste mensual superior al de la guerra de Vietnam y se ha convertido en el esfuerzo militar más caro de los últimos 60 años. Las bajas se elevan ya a 2.000 en las filas del ejército estadounidense y a cerca de 100.000 entre los irakíes. La única diferencia que la opinión norteamericana encuentra entre estas dos guerras es la forma de reclutamiento: a la primera fueron llamados soldados de todas las clases sociales, mientras que a la segunda sólo han ido los pobres. A pesar de ello, por estas fechas el no a la guerra de Irak alcanza ya al 60% de la población norteamericana. Por exclusión, parece cada vez más claro que la defensa de los intereses de las empresas petroleras debió de ser el principal –por no decir el único– motivo que empujó al presidente Bush a esta guerra. Paradójicamente, ha contribuido al enorme encarecimiento de esta fuente de energía, por la falta de condiciones de seguridad para producir y exportar el crudo de Irak. Y toda la región del Próximo Oriente está padeciendo los efectos de una considerable desestabilización.

Otras consecuencias de esta guerra, en los mismos EE UU, son la regresión de las libertades civiles, una creciente restricción de la inmigración (necesaria para mover su potente economía) y una incertidumbre económica que se ha traducido en la caída de la inversión, en una tasa de paro la más alta de los últimos diez años y en un déficit presupuestario sin precedentes.

¿Alguna vez en los últimos 50 años la imagen de EE UU ha estado tan deteriorada como ahora? Según el cuarto estudio *Transatlantic Trends* (realizado por la Fundación BBVA, la German Marshall Fund y la Compagnia di San Paolo con la colaboración de la Fundación Luso-Americana), el 72% de los europeos desaprueba la política exterior del presidente estadounidense. «Hasta China le gana», titulaba el *International Herald Tribune* el 24 de junio pasado. La creciente globalización de los medios –sobre todo de la televisión– está contribuyendo sin duda a deformar aún más una imagen que, en épocas anteriores, habría resultado menos perjudicada. Un dato, por otro lado, que los políticos no deben olvidar.

La doble moral («dos varas de medir») de los países occidentales en temas tan importantes como el comercio internacional, la no proliferación nuclear, el rechazo a las dictaduras o la defensa de los derechos humanos está produciendo sus consecuencias inevitables. No es que los demás países sean perfectos, sino que sencillamente nadie soporta que lo traten de esa manera. No sorprende por tanto que sean cada vez más numerosos los que se niegan a someterse a semejante orden mundial, aunque todavía no pocos lo aceptan por su propia debilidad y las fuertes presiones que reciben. Todo esto sin hablar de la mala imagen que reflejan las crecientes desigualdades en el seno de las mismas sociedades occidentales.

El actual mundo occidental tiene, obviamente, muchos aspectos positivos que no han sido recogidos en el presente análisis. De la misma manera, el Occidente de las pasadas décadas adolecía de fallos que tampoco hemos mencionado. Por tanto, no pretendemos que nuestro análisis refleje la realidad de una manera totalmente objetiva. Sin embargo nos parece difícil negar que estos últimos años Occidente ha perdido prestigio en la escena internacional: ya no es el baluarte inaccesible que era hasta hace poco ni tampoco el adalid de las libertades y derechos humanos que conocimos en otros tiempos. ¿Volverá a serlo? ¿Apostará de nuevo con la misma convicción que en otros tiempos por los valores que dice defender? ¿Conseguirá convencer al resto del mundo de la sinceridad de sus intenciones? ■